

RESUMEN

EL TEXTO PRETENDE HACER UN RECORRIDO DEL CONCEPTO DE REPRESIÓN A LO LARGO DE LA LITERATURA PSICOANALÍTICA, DESDE SUS ORÍGENES EN FREUD, HASTA LOS APORTES DE LACAN Y AUTORES PROVENIENTES DE LA FILOSOFÍA COMO RICOEUR Y DELEUZE. DE ESTE MODO SE ESTABLECE UNA LIGAZÓN DE LA NOCIÓN DE REPRESIÓN A CONCEPTOS TALES COMO SENTIDO Y "TIEMPO LÓGICO", INCLUYENDO SU RELACIÓN CON LA REPRESENTACIÓN, REPETICIÓN Y DIFERENCIA.

PALABRAS CLAVE: REPRESIÓN, SENTIDO, TIEMPO LÓGICO, REPRESENTACIÓN, REPETICIÓN, DIFERENCIA, PARADOJA.

ABSTRACT

THE TEXT AIMS TO OUTLINE THE CONCEPT OF REPRESSION ALONG PSYCHOANALYTIC LITERATURE, FROM ITS ORIGINS IN FREUD, TO THE CONTRIBUTIONS OF LACAN AND PHILOSOPHERS SUCH AS RICOEUR AND DELEUZE. THIS WILL STATE A CONNECTION OF THE CONCEPT OF REPRESSION TO SUCH CONCEPTS AS MEANING AND "LOGICAL TIME" (LACAN), INCLUDING ITS RELATION TO THE NOTIONS OF REPRESENTATION, REPETITION AND DIFFERENCE.

KEYWORDS: REPRESSION, MEANING, LOGICAL TIME, REPRESENTATION, REPETITION, DIFFERENCE, PARADOX.

La represión como mecanismo inaugural del sentido y de una lógica paradójica. De Freud a Deleuze.

Tomás Lawrence Zegers¹

“¡Te has cubierto de Gloria! –dice Humpty Dumpty.

No se qué quiere decir eso de “cubrirse de Gloria” –dice Alicia.

Claro que no, hasta que yo te lo diga, quiere decir:

¡Vaya razonamiento más demoledor en tu contra! – menciona el huevo.

Pero Gloria no quiere decir “Razonamiento más demoledor” – responde Alicia.

Cuando yo uso una palabra –dice Humpty– significa exactamente lo que yo quiero que signifique.

La cuestión es –dice Alicia– si puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

La cuestión es quién manda –responde Humpty Dumpty– y punto”.

Lewis Carroll, *Alicia tras el espejo*.

¹ Psicólogo Clínico Centro de salud familiar Padre Manuel Villaseca. Corporación Municipal Puente Alto. Estudiante del doctorado en psicoanálisis, UNAB. E-mail: tomas_lawrence@hotmail.com

Los avatares de la represión

Se podría decir que el psicoanálisis tiene su origen gracias a una renuncia. Se trata de la renuncia de Freud (1985) a la técnica de la hipnosis, que daría paso a la creación progresiva de un dispositivo de libre asociación, una cura por la palabra. La histeria es la gran protagonista y demiurgo de un discurso que, si bien comienza en un ámbito restringido a lo clínico, se emanciparía hacia una disciplina metapsicológica que con el transcurso del tiempo incluso llega a convivir con expresiones artísticas.

Desde sus inicios, el psicoanálisis ha tenido que luchar por obtener un lugar. Un lugar que hoy continúa cuestionado por uno de sus conceptos piedranguales, la represión; “la doctrina de la represión es ahora el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del Psicoanálisis, su pieza más esencial” (Freud, 1914, p. 15).

Para llegar a esta conclusión, el concepto tuvo que sufrir intensas variaciones a lo largo de la historia. Freud (1915b) utiliza el término *verdrängung* para referirse al mecanismo psíquico de la represión, su acepción literal coincide con la noción de desplazamiento o desalojo. A este término, si bien fue recogido de los aportes de Herbart y continuado posteriormente por Meynert, de quien Freud fuese discípulo en Psiquiatría, es este último quien le da un carácter original al ligarlo con el concepto de inconsciente (*unbewusst*) y fundar así el Psicoanálisis. Es posible encontrar en las publicaciones pre-psicoanalíticas, como en el *Proyecto de psicología*, texto que fuese publicado más de 50 años después, algunas citas respecto a lo que será el nacimiento de la noción de represión. En él, su autor amalgama la represión a lo que denominó “defensa primaria” (Le Guen, p. 19).

Sin embargo, es en la “Comunicación preliminar” –artículo que precede los “Estudios sobre la histeria” y que reúne los aportes de Freud junto a Breuer- donde se caracteriza la represión como un

concepto que se restringe única y exclusivamente a la causa de la amnesia patógena, convirtiéndose en un elemento nodal que participa de la etiología de la histeria, entendida ésta última como una neurosis que sufre de reminiscencias (Freud, 1895).

Se constituye la represión como un concepto polémico desde sus orígenes, pues concebido como defensa y conforme a la etiología de la histeria, será un elemento de ruptura entre las hipótesis de Freud y Breuer, debido a que este último autor, mantuvo los estados hipnoides como causa de dicha patología (Freud, 1895).

Respecto al uso concedido a la represión, Freud (1896) postula que se trata de un mecanismo que cumple la función de excluir una representación inconciliable de la conciencia y ser llevada al inconsciente. Lo inconciliable estaría dado por el carácter sexual de dicha representación, que no es tolerada por la conciencia y daría paso a un conflicto intrapsíquico en las neurosis, principalmente en la histeria. Esta definición de represión involucra íntimamente el concepto de trauma psíquico. Cabe señalar que en este tiempo, Freud descubre que el trauma no necesariamente se produce por un evento real, sino también puede ser experimentado a nivel de la fantasía (Freud, 1896).

De este modo, Freud (1894), menciona que la represión sería un mecanismo propio de la etiología de las neurosis, observándose común entre la histeria, la neurosis obsesiva y la confusión alucinatoria. La represión comprometería sólo a la representación, mientras que el destino del afecto determinaría la especificidad del trastorno; ya sea por conversión, aislamiento o rechazo (Freud, 1894).

En estos años de incubación del Psicoanálisis, Freud aún no ha descubierto que el mecanismo de la represión es algo que ocurre a nivel del sujeto propiamente tal. A fines del siglo XIX, la represión

aún es concebida como un mecanismo patológico del campo de las psiconeurosis (Freud, 1894).

Años más tarde, alrededor de 1915, se comenzaría a gestar lo que se denomina Metapsicología freudiana, de este modo, el campo psicoanalítico se abre paso desde la clínica hacia un cuerpo teórico sistematizado, constituyendo un armazón hipotético que se sostiene desde una perspectiva económica, dinámica y tópica (Freud, 1937). La represión es retomada por el autor ahora dentro de esta Metapsicología, señalando: “tenemos razones para suponer una represión primordial (*urverdrängung*), una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante psíquica de la pulsión se le deniega la admisión en lo conciente (*bewusst*). Así se establece una fijación; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella” (Freud, 1915b, p. 143).

Entonces, la Represión primordial permitiría entender cómo en el sujeto existiría una suerte de inscripción (*niederschrift*) inaugural de una representación y así un acceso al inconsciente (*unbewusst*). Posteriormente, Freud (1920) dirá que esto se logra mediante un proceso que lleva el nombre de Sepultamiento del Edipo, tras los avatares del Complejo de castración.

Una segunda etapa de la represión, dirá Freud (1915b), consistirá en lo que denomina “represión propiamente dicha”, la que estará destinada a una búsqueda de lo previamente reprimido. Aquí la representación reprimida recaerá sobre lo que resulta de la represión primordial, es decir, sobre sus retoños, permitiendo así un vínculo asociativo entre las representaciones primariamente reprimidas y aquellas que resulten intolerables al sistema conciente.

A este tipo de represión, Freud la denomina *nachdrängen* o esfuerzo en dar caza (Freud, 1915b, p. 143), para lo cual es crucial concebir la noción de *nachträglich* que permite comprender el

carácter retroactivo de la represión. El tiempo se configura así como una temática nuclear cuando se habla de represión y de representación.

En los últimos años de Freud, en *Análisis terminable e interminable*, renombra el concepto como *nachverdrängung*; una suerte de post-represión que re-tramitaría los conflictos nuevos a los anteriores, manteniendo la importancia de la variable temporal asociada al mecanismo psíquico (Freud, 1937, p. 230).

En resumen, Freud utiliza el concepto de represión para referirse a tres acepciones en su idioma original; en primer lugar habla de *nachdrängen* o esfuerzo de dar caza, en la cual se perturba el vínculo con un sistema psíquico: el del conciente. En segundo lugar, utiliza *urverdrängung* para dar cuenta de la represión primordial u originaria, aquel mecanismo que permite la función que estructura el aparato psíquico; y reserva el concepto *verdrängung* o desalojo o alejamiento, para un mecanismo que en “su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella” (Freud, 1915b, p. 142). Este último constituye a su vez una categoría que reúne las dos anteriores y que permite comprender un mecanismo psíquico defensivo en particular.

Freud es enfático en enunciar que “la represión no consiste en cancelar, en aniquilar una representación representante de la pulsión, sino en impedirle que devenga conciente” (Freud, 1915c, p. 161), agregando que “las represiones se comportan como unos diques contra el esfuerzo de asalto de las aguas” (Freud, 1937, p. 229).

Se podría asumir entonces, que la represión constituye sólo una parte del inconsciente (*unbewusst*), pues también se reserva el concepto de este último al proceso primario, matriz de la pulsión y base de la instancia psíquica del Ello (Freud, 1923). A esta instancia, Lacan (2002) la enunciará como Sujeto acéfalo, manteniendo el concepto de Sujeto del inconsciente para lo reprimido.

mido y aquello capaz de ser simbolizado². A pesar de ello, dirá Le Guen (1993), el inconsciente es ante todo, lo reprimido, y es la represión lo que vuelve algo inconsciente. “Este será el aporte del inconsciente freudiano” (Le Guen, 1993, p.20).

Por su parte, Green (1995) enfatiza el carácter de lo negativo en la represión, al tomar los aportes de Freud (1925) y sostener que lo reprimido es algo que establece una marca de un algo que faltaría, una ausencia de. Lo liga a conceptos freudianos y lacanianos como negación, denegación y forclusión. Freud habla de negación (*verneinung*) para dar cuenta del mecanismo que aparece como una antítesis de la represión, pero que no se trata de otra cosa que lo reprimido mismo: “La negación es un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido” (Freud, 1925, p. 253).

Green (1995) remarca el aporte de Lacan, respecto a la función estructurante de la represión en torno al deseo humano. La represión daría paso a un *spaltung* en el sujeto. Para ello Lacan (2002), tras una re-lectura de los textos freudianos, incorpora el lenguaje a los aportes de Freud. Para ello, las nociones de significante y significado provenientes de la lingüística de De Saussure son cruciales, así como también los estudios de antropología de Lévi-Strauss.

A diferencia de De Saussure, Lacan (2002) pondrá énfasis en el Significante y no en el Significado, haciendo hincapié en la barra que divide y al mismo tiempo articula ambas funciones. El Significante paterno, aval simbólico, configura el devenir del Sujeto para acceder a su inconsciente que se estructura como un lenguaje. Esto implica que se sustituya el deseo materno por la instancia mediadora de la ley y la palabra, función reguladora que se asienta en la metáfora del “Nombre-del-Padre”. La función de este Significante vendría a

² Habrá que recordar que Lacan concibe al “inconsciente estructurado como un lenguaje”.

asemejarse al uso que Freud le daba a la represión primordial.

Lacan (1997) incluye el registro de lo simbólico, sosteniendo que el sujeto accedería al inconsciente a partir de una Otridad, poniendo énfasis en el carácter ex-céntrico del sujeto, no gestado desde su interior. Hablar de inconsciente en Lacan, es hablar de lenguaje, así el mecanismo de la represión es tomado por Lacan a través de la metáfora “Nombre-del-Padre”, el cual se constituye como un Significante primario que le permite al sujeto acceder al inconsciente, lugar de la ley, donde impera la matriz provista de un sostén simbólico y dota al sujeto de una polisemia en el lenguaje, rompiendo con la univocidad propia del psicótico. Se inaugura así un tipo de pensamiento en el cual el sujeto logra danzar por un carrusel de significantes de carácter polisémico; “hay la dificultad fundamental que el sujeto encuentra en lo que tiene que decir; la más común es la que Freud demostró en la represión, a saber, esa especie de discordancia entre el significado y el significante, determinada por toda censura de origen social” (Lacan, 2002, p. 357).

Si bien en un comienzo, el concepto de represión es considerado como algo exclusivo de la patología, con la psicopatología de la vida cotidiana (Freud, 1901), es posible ser entendido “como un fenómeno normal, favorable incluso a la civilización y a cierta idea del hombre, puntos de vista que no son, por otra parte, incompatibles” (Le Guen, 1993, p. 23).

Autores como Ricoeur (1965) y otros de la misma línea como son Roudinesco, Derrida y Deleuze, intentarán desarrollar un discurso que concibe al Psicoanálisis como una disciplina en diálogo con la Filosofía de la Sospecha. El inconsciente es aquello que emerge entre líneas, el inconsciente late y se escucha más allá de lo ostensible, muchas veces se lee como aquello que aparece como oposición.

En definitiva, es imposible hablar de un inconsciente, y por ende de Psicoanálisis, sin su concepto motor: la represión. “Podemos decirlo sin la menor sombra de duda: con la represión se inaugura el descubrimiento de lo inconsciente; constituirá su pivote (...)” (Le Guen, 1993, p. 13).

El verdadero descubrimiento sobre conceptos como la resistencia, representación y la transferencia, reside en el hecho de reconocerlas como un producto de la represión (Le Guen, 1993, p. 17).

Presentación y Representación, ¿antesala de la Repetición?

Respecto a la representación, Freud (1925) señala que ésta no es otra cosa que una repetición de una percepción: “La existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado. La oposición entre subjetivo y objetivo no se da desde el comienzo” (Freud, 1925, p. 255). La representación, entonces, deviene como tal a partir de percepciones, es decir, repeticiones de estas últimas.

Represión y representación están íntimamente ligadas, debido a que es esta última la que permanece reprimida, la que se desaloja al inconsciente. La represión, según Freud (1915b), permite que no se establezcan las ligazones entre una pulsión y una representación.

Una representación puede entenderse como una especie de presentación en un segundo tiempo, es decir, una reedición de una presentación. Lo simbólico surge a destiempo, otorga un sentido a una imagen. La representación daría cuenta de una repetición de una presentación (Ricoeur, 1965).

Entendida así, la presentación surge reeditada en un tiempo distinto y muta en una representación. Ésta viene a colmar de sentido, lo simbólico provoca alivio, mientras que la presentación, carente de forma y significación, es espontánea, se asocia a lo real de la angustia.

Volviendo a Freud (1915a), se observa que la represión –del mismo modo que el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la persona propia y la sublimación – es uno de los destinos a los cuales se somete la pulsión sexual (p. 122). Se podría cuestionar por el lugar de la pulsión en el discurso analítico; si la represión es uno de los destinos de la pulsión, y simultáneamente la represión se sitúa como pilar fundamental del psicoanálisis, entonces, ¿podría situarse a la pulsión como el origen del discurso analítico mismo, o bien, ser un sostén de una especie de cimiento de todo aquello que da la condición de posibilidad de la emergencia del discurso analítico? Freud consideraba a “la pulsión misma como el representante psíquico de fuerzas somáticas” (Freud, 1915a, p. 108).

Lo que se presenta, dirá Freud (1915a), es la pulsión (*trieb*); esta expresión de la pulsión es denominada por Freud *repräsentant*, mientras que reserva el concepto de *vorstellung* a lo que es traducido como representación. Lo anterior se ve complejizado, cuando el propio Freud añade otra palabra para referir a la representación (*vertretung*)³. Mayor es la complejidad a la hora de las traducciones, tanto al inglés, francés y español, para dar cuenta del concepto de representación. Con fines comprensivos, Ricoeur (1965) prefiere mantener el concepto de presentación como aquella expresión pulsional, aquello que viene a quedar fuera del registro simbólico de la representación. Sin embargo, hablar de expresión pulsional en sí misma, involucra ya algo del orden de una re-presentación (en un tiempo segundo) de la pulsión. No se puede hablar de la pulsión, sin hablar de la expresión de la misma.

El lenguaje permite hablar de las cosas, tomando distancia de la onticidad. Del mismo modo en que el prefijo “re” que se añade a presentación, se desliga del aquí y ahora. El mismo prefijo

³ Parece importante considerar que el prefijo alemán “ver”, que también aparece en las palabras represión y negación, implica rechazo o alejamiento. En este sentido, sin ser considerado como prefijo “ver”, se puede interpretar que *vertretung* podría dar cuenta de una distancia de un presente, una re-presentación.

también se observa en las nociones de repetición, re-sistencia (sistire) y re-presión. Lacan (2002) dirá para comprender lo anterior: “La palabra mata la cosa”. Este es el inminente carácter de la “ex-sistencia”⁴ de las cosas. Habría, por así decirlo, un proceso dado como momento lógico, en que la presentación “psíquica”, se transmuta en una representación, lo que sería posible gracias al mecanismo de la represión.

Respecto a lo anterior, ¿podría concebirse a la pulsión como una representación en sí misma o es el concepto de presentación lo que se articula con el registro de la pulsión? En la medida en que está apuntalada a un fin, la pulsión emana como una representación del cuerpo. Es goce, un cuerpo hablante (Miller, 2011).

También en la representación se puede apreciar el carácter negativo. Freud (1925) refiere que “un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la conciencia a condición que se deje negar” (Freud, 1925, p. 253).

Tanto Ricoeur (1965) como Deleuze (1969) incorporan dentro de su discurso una filosofía de la presentación, considerada como una metafísica de la inmanencia. Ambos autores acentúan el rol de aquello que se presenta en la superficie, antes de la configuración de lo establecido, a modo de antesala de la representación. Esta última será para ellos, una repetición de la expresión de las pulsiones y no la cosa en sí. Sólo pertenece al mundo de las categorías, al plano de la trascendencia. Pensar para Deleuze (1969) está muy lejos de la representación.

Repetición; donde emerge la diferencia

Toda repetición viene a ocupar un lugar como un retorno de lo reprimido, algo que aparece nuevamente, un fracaso de la represión (Freud, 1915b).

Lo que retorna, dirá Freud (1920), es lo que se repite, lo idéntico, lo cual está anudado a una lógica que está “más allá del principio del placer”, descubrirá así que existiría una pulsión de muerte que se manifiesta masoquistamente como una compulsión a la repetición.

A esto Lacan (2002) lo denominará Automatismo de repetición, mecanismo que podría concebirse como un modo de llamar al inconsciente mismo. Se evidenciaría como aquella insistencia de la cadena de significantes, anudada a un cierto goce que pertenece al orden de la angustia, a lo real. Se pone de relieve la presencia de un Significante que comanda el saber discursivo y que viene a romper la conjunción entre repetición y goce.

Deleuze (1968), por su parte dirá que en la repetición emerge la diferencia. La repetición nunca será una repetición en sí misma, siempre viene con algo nuevo, algo difiere de la anterior representación, por ende, sería una nueva presentación. Un nuevo acontecimiento. Cabe señalar que el Otro para Deleuze (1969) es quien permite la presentación de lo posible; a diferencia de Lacan, el deseo en Deleuze no nacería de una falta constitutiva, una hiancia, más bien deseo es una constante producción, una infinita presentación. “Lo negativo no vuelve, lo idéntico no vuelve (...) sólo la afirmación retorna, es decir lo diferente, lo disímil” (Deleuze, 1968, p. 439).

De este modo, se hace hincapié a la diferencia, mientras que el concepto de identidad toma distancia de la repetición; “lo que el eterno retorno elimina son, precisamente, todas las instancias que yugulan la diferencia, que detienen su transporte sometiéndola al cuádruple yugo de la representación”⁵ (Deleuze, 1968, p. 441).

5 El cuádruple yugo o grillete de la representación es descrito por Deleuze en *Diferencia y repetición*, y se refiere a la identidad del concepto (ratio cognoscendi), la Oposición del predicado (ratio fiendi), la Analogía del juicio (ratio essendi) y la Semejanza de la percepción (ratio agendi). (Deleuze, 1968, p. 389).

Deleuze (1968) se atreverá a decir: “No se repite porque se reprime, se reprime porque se repite”, invirtiendo la fórmula freudiana de la repetición. La compulsión a la repetición no es lógica, evoca un material irreflexivo que aparenta no tener sentido alguno. Es tarea del analista sostener la escucha para conducir estas asociaciones que provienen de tal repetición (Miller, 2011).

Aión y Cronos, pugna por el tiempo

Al considerar las nociones de retorno de lo reprimido, reactualización, reedición, representación, repetición, resistencia, es inevitable acudir al concepto de tiempo. La temporalidad del inconsciente presenta particularidades, pues Freud (1915c), en su metapsicología refiere que el tiempo cronológico es propio del sistema consciente, dejando el carácter atemporal (*zeitlos*) al inconsciente (Ricoeur, 1965, p. 130).

En la clínica freudiana, el tiempo cobra una cualidad retroactiva, un trauma es revivido en más de un tiempo, a esto Freud lo denomina *nachträglich*. Es posible observar cómo en los casos de histeria y otras neurosis, el trauma es evocado desde recuerdos de experiencias del pasado que son re-significados en un segundo momento. Freud (1895) señala que los síntomas se construyen a partir de una sumatoria de eventos que se reprimen y se dotan de un contenido simbólico en su formación en un segundo momento de la vida.

Lacan (2002) llamará a este tiempo freudiano y a la eficacia del trauma con el nombre de *après-coup*. El tema del tiempo cobra especial relevancia con Lacan, incluso en el dispositivo técnico, llegando al *setting* analítico. Considera fundamental que las sesiones tengan un tiempo variable y su culminación se debe a una escansión dominada por la función significativa y no por el elemento externo de la cronología del tiempo, que poco tendría que ver con el proceso mismo. El corte estaría determinado por un límite arbitrario del sujeto del inconsciente mismo.

La variabilidad del tiempo y la escansión son parte de la figura de la presentación, al elucidar una angustia perturbadora que emerge en el paciente tras un punto de capitoné o basta de acolchado, el corte no es más que una anulación de la representación. Es imprevista y desconcertante para el paciente, pero se sostiene por un tiempo lógico y subjetivo, evoca un sentido nuevo para el sujeto.

El trauma es considerado psicoanalíticamente como un hecho o evento que ha causado una impresión, una huella en el aparato psíquico (Freud, 1896). Sin embargo, en la lógica deleuziana se podría hacer una sutil distinción, al ser concebido como un acontecimiento. Éste, a diferencia de un evento, pertenece a una temporalidad lógica y se introduce como una nueva presentación, por tanto no pertenece a una idea o representación amparada en la cronología. El acontecer se repite una y otra vez, como la reminiscencia histérica, pero cada vez se repite como otra cosa, con una forma diferente. Lo que se repite, dirá Deleuze (1968), es la diferencia. Por eso el acontecimiento in-siste, haciendo aparecer siempre algo novedoso, se mantiene en un devenir, una línea de fuga y se proyecta hacia un futuro. El acontecimiento es interpretable en la medida en que emerge en la relación dialéctica. Algo del orden de la transferencia puede incluirse en la forma de pensar el acontecimiento en sí. Del mismo modo, los síntomas parecen mantener en el presente algo del pasado, en este sentido serían acontecimientos, pues, persisten como devenir.

Deleuze (1969) toma prestado de los estoicos el concepto de Aión para referir un tiempo similar al tiempo lógico lacaniano. Dirá que el tiempo en que transcurren los acontecimientos es el Aión, mientras que en Cronos (Tiempo cronológico) se situarían los hechos o eventos. El Aión es el tiempo sin representación, el tiempo puro del devenir, sin objeto, eternidad e instante simultáneo. Un tiempo por así decir, paradójico, que se sitúa desde el sin sentido y promueve la tolerancia al

4 “Ex-sistere”, etimológicamente “ser desde afuera”.

pensamiento paradójico. Un tiempo que se repliega sobre sí mismo. El inconsciente más que ser atemporal, parece moverse en un tiempo aiónico, un tiempo sin objeto.

Asociar libremente es justamente promover la idea irreflexiva que deambula por el lenguaje, es la expresión del sujeto en tanto goce (Miller, 2011). Asociar libremente es no cerrar con representaciones. Está más cerca de la posición del analista en tanto tolera el caos, la incertidumbre, aquello que otorga mayor fluidez al discurso. Mantener ese caos promueve la escucha analítica.

Sentido y paradoja; lógica y para-lógica

Como término polisémico, son muchas las acepciones que vienen a lugar cuando hablamos del sentido. En primer lugar, se podría referir a cierta direccionalidad u orientación (ir en ese sentido o calle de doble sentido). También describe los órganos a través de los cuales percibimos nuestro entorno, como también a las sensaciones, lo sentido como manifestación del acto de sentir. Sin embargo, el sentido aquí será tomado por aquello que está en el campo del lenguaje y la semántica. Se describe el sentido como un acto de significación, algo que “nos hace sentido”. Posiblemente hay muchas más acepciones, pero éstas son suficientes para dar cuenta de la complejidad del concepto y de su implicancia a nivel de lenguaje, de modo tal que incluso se pueden establecer relaciones internas entre estos significados (Holzapfel, 2005).

Específicamente en el campo psicoanalítico, el sentido surge en la interpretación que Freud (1900) le da al material inconsciente que surge en el discurso del paciente. Todo tiene sentido, incluso lo aparentemente absurdo. El mismo autor, vincula el sentido con la formación de síntomas. Freud (1916) alude a la existencia de una lógica simbólica en la construcción de una sintomatología neurótica particular.

Le Guen (1993), siguiendo a Freud, refiere: “Es como si el síntoma viniera a ocupar el lugar del recuerdo, como si el síntoma fuera, en sí y por sí mismo, una manera de recordar”. Añade la cita freudiana que “la histeria sufre de reminiscencias” (Le Guen, 1993, p. 16), aludiendo a que el contenido de los recuerdos se ve re-significado en la sintomatología.

Acerca de los síntomas, Parada (2001) introduce el concepto de Patoplastia, denotando una cierta adaptación del síntoma del devenir subjetivo al contexto socio-histórico. Los síntomas son un texto que adquiere sentido de acuerdo a su contexto y por ende, la sintomatología ha ido cambiando a través de la historicidad. Cada vez son más difíciles de observar los fenómenos conversivos propios de la histeria de antaño, también sus mecanismos han ido mutando a través de los años, entre ellos, podemos leer, la represión.

Green (1995) resalta el carácter tópico de la represión, al mencionar que ésta se efectúa sobre el modelo de lo aceptado y lo rehusado del objeto, viene a poner en juego una suerte de limen entre las estructuras psíquicas. Es la represión la encargada de establecer la frontera entre el consciente y el pre-consciente, y el inconsciente respecto a los dos anteriores.

A partir de lo anterior se entiende que “entre los dos extremos de la represión bien constituida y de la reyección (forclusión o *verwerfung*), el trabajo de lo negativo puede tomar caminos intermedios como la escisión o la desmentida, donde coexisten el reconocimiento y la desestimación, el sí y el no” (Green, 1995, p. 377). El sí y el no hacen las veces de código binario, comprendiendo que la represión es el mecanismo que introduce una cierta lógica, aquella que nutre de sentido al sujeto, y a su vez de sin sentido, tanto cuando la represión falle, como cuando emane material inconsciente aparentemente absurdo.

La represión permite que “el psiquismo quede disociado (...)” (Le Guen, 1993, p.16), lo cual daría cuenta de la inauguración del estatuto de un tipo de pensamiento, en relación al nacimiento de la lógica del sentido. El pensamiento, por una parte aparece convergente, desde la completud aristotélica y el Todo. Mientras que por otro lado, de aquello que va más allá del Todo. Un no-todo, que no es sinónimo de incompletud, sino trasciende los márgenes de la imposición fálica⁶, y donde la lógica se tiñe de elementos caóticos y paradójicos (Lacan, 2002; Deleuze 1968; Deleuze 1969).

Sin embargo es fundamental establecer la diferencia entre sentido y significación. Gerber (1999), siguiendo a Lacan, señala que la barra que en Saussure vinculaba el significante y significado, aquí separaría dos etapas de la producción de sentido. “La producción del sentido, operación fundamental del significante, será la significancia, no la significación. Esto es porque el sentido no se asimila al significado: carece de la puntualidad que se exige para este último y –huidizo– se desliza de manera permanente bajo la barra resistente a la significación” (Gerber, 1999, p. 91).

Respecto a la represión y el pensamiento, Deleuze instala al “trazado de la castración como surco mortal que se convierte en esta grieta del pensamiento, que sin duda señala la impotencia de pensar, pero también la línea y el punto a partir de los cuales el pensamiento carga su nueva superficie”. (Deleuze, 1969, p. 222) Este autor también cuestiona el carácter paradójico del sentido y el sinsentido, al analizar el origen de ambos. “El comienzo está verdaderamente en el vacío, suspendido en el vacío. El comienzo es *with-out*. La situación paradójica del comienzo, aquí es que en sí mismo es un resultado, por una parte, y por otra, permanece exterior a lo que hace comenzar”.

¿Dónde se puede apreciar esta paradoja que permite inaugurar la represión y a la vez ser in-

augurada por ella? Parece ser que la encontramos en muchas partes, una de ellas es la fórmula del fantasma de Lacan ($S \diamond a$), a decir, la relación dialéctica con el objeto causa de deseo. Objeto que es causa, pero a la vez su propio resultado. Clínicamente es observable en la transferencia, más allá del análisis; se evidencia en las relaciones interpersonales, en nuestras experiencias cotidianas, en el humor, en la angustia, entre otras. No es menor que el rombo del fantasma sea un neologismo del símbolo lógico de la convergencia (\wedge) y de la divergencia (\vee). El sujeto, paradójicamente, mientras más se acerca a su objeto de deseo, más se aleja del mismo. La lógica paradójica está al servicio de la simultaneidad en que ocurren pensamientos convergentes y divergentes. Gracias a la represión el sentido precipita en el sujeto (Lacan, 2002), y abre de paso el espacio para el sinsentido.

El Otro en Lacan es quien catapulta y condiciona al sujeto a la posibilidad de acceder al inconsciente, al lenguaje, por ende Otro y represión comparten similar estatuto. Es a partir de la falta, que el sujeto puede acceder a su deseo. Por otro lado, Deleuze (1968) refiere que no necesariamente el deseo es antepuesto por la falta. El Otro aquí es más bien un dotador de sentido.

El psicoanálisis se abre a un campo que no sólo abarca al inconsciente en tanto profundidad, sino también como discurso generado cual efecto de superficie. Lo inconsciente in-siste y ex-siste. El analista lee entre líneas, escucha aquello que parece escapar a toda significación, aquello que al momento de emerger, deja de ser.

Pliegues: una articulación con el Sinthome, el Siendo y el Caosmos

Deleuze (1989), esquivo a realizar conclusiones y a favor de una constante apertura y discusión, introduce el concepto de pliegue para referir a una especie de escansión lacaniana, un cúlmene arbitrario, o punto de capitoné donde emergen di-

⁶ Lógica que Lacan profundizará en el Seminario 20 “Aún”, dando cuenta de la lógica femenina en los Esquemas de la sexuación.

ferencias, interpretaciones y discursos. Un cierre es cosa de goce (Lacan, 2002).

Incluir a Deleuze permite comprender el Psicoanálisis como un discurso que se mueve en la construcción de sentidos, pero un sentido que no necesariamente se construye a partir de la lógica lineal o convergente, pues ésta sería sólo abordable desde la función de la conciencia. Más bien el sentido parece erigirse como aquel resultado de un devenir que se constituye paradójicamente (Deleuze, 1968). El sujeto en su esencia, no tendría una esencia, un centro o un núcleo, el Ser más parece ser un Siendo.

El sentido parece ser que no necesariamente está en lo que se re-presenta, más bien emergería latente en una clínica de la presentación. No sólo sostenido en lo Simbólico, sino también en lo que falta a ello, en la angustia, anudada a lo Real, en lo que se presenta desde la otredad (A) al sujeto y también desde la falta de esa A.

Representar implica escapar de un presente, congelar una imagen y detenerse, transformar el devenir constante y perpetuo de un sujeto en un ser, extrayendo de él su naturaleza más propia, el acontecer, el Siendo (Deleuze, 1969).

El sujeto está en la lógica del “aún”⁷, un sujeto por-venir, o tal vez ya sido, pero nunca en presente, un sujeto nunca a tiempo. El tiempo es crucial para entender al sujeto como un verbo que se eterniza y es imposible de cosificar en un presente detenido (Deleuze, 1969).

Entre la ausencia y la presencia parece devenir aquel sujeto, impronunciable en tanto palabra, insostenible en tanto ser, finito sólo a nivel fisiológico, pero infinito en tanto temporalidad de su deseo, ser *aiónico* disociado en su constitución.

7 El término Aún, lo utiliza Lacan en su seminario 20, traducido del francés “encore”, el cual en su pronunciación asemeja “en corps”, en lengua española; “en el cuerpo”. Tiempo, el cuerpo y lo real están íntimamente ligados.

El sujeto del inconsciente estaría escindido desde su origen; “pienso donde no soy, luego soy donde no pienso” (Lacan, 2002, p. 498).

El psicótico, quien habría forluido el Significante paterno, tendría un acceso limitado a esta paradójica. Confunde el caos con la regulación del cosmos, no distingue representación y presentación. Esta distinción se daría tras anunciar al sujeto como dividido, lo que es la represión. Esto constituye el Significante primordial, lo que presenta la alienación del sujeto mismo; se presenta una paradoja en la cual el sujeto es imposible de asirse o constituirse como un ser. Ser y sujeto parecen ubicarse en una orografía de dos gradientes que van en distintos sentidos. El Sujeto del inconsciente se presenta en la fractura del discurso, el ser sólo se ve representado en un yo imaginario, una imagen especular (Lacan, 2002).

Hablar del ser, de lo idéntico, es sólo un espectro del devenir subjetivo. El sujeto del inconsciente es lo que surge como un fragmento de la fisura del discurso. “La palabra mata la cosa”, dice Lacan (2002), para dar cuenta de cómo lo simbólico parece decantar lo real, lo adormece. Es la otredad la que permite que lo simbólico capture lo real, pero también este último agrieta lo simbólico. La ley penetra en la cosa y permite el acceso al inconsciente; el lenguaje así dota al sujeto de estructura. La representación, metáfora del “Nombre-del-Padre”, es la que se introduce como Significante. Por su lado, la presentación implicaría prescindir de ese simbólico, volver a lo real, al sujeto acéfalo, al cuerpo. Pero un cuerpo que habla.

El sentido se logra capitalizar una vez que lo simbólico permite un cierre, captura en un punto de capitoné un sentido, mientras que en la ruptura tiempo-lógico emerge la angustia, situación que lo hace caer en un *au sens* (ausentido)⁸, ausencia de sentido, el cual es un sentido pero en un otro

8 Lacan llamará *au sens* (ausentido), mientras que Deleuze lo llamará directamente “sin-sentido”.

lugar, en el lugar de no-todo, no la incompletud del falo, sino en el lugar de lo femenino y su goce suplementario. Esto se da en el lugar del cuerpo, el de la pulsión. Es la represión la que dará paso a esa barrera, a esa división del sujeto, su acceso a la polisemia de significantes.

En definitiva, la represión viene a inaugurar un espacio donde la lógica convive con la paradójica y el caos cohabita con el cosmos, donde se evidenciaría la psicopatología de la vida cotidiana. Con la represión primordial el sujeto se instalaría en un punto nodal donde se inaugura la diferencia y en ella, el acceso al lenguaje y al encuentro subjetivo con la lógica y el sentido común, pero simultáneamente da vida a su opuesto, la ilógica, la paradójica y el parasentido.

Lo que promueve la creación de un proceso dual en el cual se inauguraría un tránsito entre la lógica y el parasentido, estaría sostenido por la represión. Es ésta la que eleva el parasentido y condiciona la posibilidad del síntoma de cada sujeto. El *sinthome*, concebido lacanianamente nos aprisiona en las fauces de Cronos y gobierna en el imperio de la contingencia, nada escapa al azar que maneja el presente a su antojo. El caos nunca está exento, cala al Sujeto, pero requiere de represión para la bifurcación del sentido y la lógica. El *sinthome* se construye en el espacio de lo aún no escrito, lo que está por escribirse.

Deleuze (1968, p. 439) da cuenta del neologismo “Caosmos”, para referir al limen y a su vez al conjunto total que uniría el todo (cosmos) y el no-todo (caos). Este Caosmos es otra forma de llamar la paradoja que se vería inaugurada por la represión. El eterno retorno no es el efecto de lo idéntico sobre un mundo devenido semejante, no es un orden exterior impuesto al caos del mundo; el eterno retorno es, por el contrario, la identidad interna del mundo y del caos, el Caosmos. Por un lado encontramos el Todo, el cosmos, Cronos con su tiempo cronológico, el sentido, la psique. Por otro, un No-todo, caos, aión, el ausentido, soma.

En el borde está lo que se considera psiquesoma, o el Caosmos; el Psicoanálisis parece ir en esa dirección.

La represión, entonces, permitiría la función de inauguración simultánea para que el sujeto acceda a la lógica y a su vez, a la paradójica, logrando una constitución de un nuevo sujeto, pensado como un Siendo y no como un Ser. Este último, el Ser, es concebido como un ente provisto de subjetividad, más no de un devenir, pues es estático. El Siendo, no termina por constituirse, es un acontecimiento o efecto de superficie permanente.

Tal como argumentaba Le Guen (1993) sobre la importancia de la represión, para dar cuenta de los procesos de civilización y el sentido común que emerge con ella, también surge la necesidad de situar en el fracaso de la represión y herida constitutiva del psiquismo, aquel elemento marginal que gatilla y dota al sujeto de flexibilidad, espontaneidad y creatividad, en la medida en que el sentido no está del todo cerrado. Cabría preguntarse sobre el estatuto de aquella antesala a la represión original, terreno asociado al campo de las psicosis.

Volviendo al sentido, se puede señalar que éste se encontraría más allá de la lógica, rompe las cadenas de lo establecido. El sentido escapa a la significación. Lo podemos encontrar en el arte, desde las paradojas estoicas y el Humpty Dumpty de Lewis Carroll, las ironías y parodias sin sentido de Jonathan Swift, la falta de lógica en el humor, la transmutación de los cuerpos y los juegos con el tiempo en el cine de David Lynch, la angustia en las narraciones de Poe, la poesía en Mallarmé, lo que escapa al significante en Joyce, en el Aleph y lo asombroso en Borges o el aparente sencillo azar en Pollock.

No es por nada que Foucault (1972) haya referido “algún día el siglo será deleuziano” y que estamos ad portas de una Filosofía de la Presentación, una Metafísica de la Inmanencia.

Del pasado son las neurosis de 1900, poco vemos las psicopatías de Schneider, somos testigos de cuadros clínicos difusos y amalgamados. La presencia de “trastornos de personalidad” sintetiza los fenómenos que cada vez son más complejos de categorizar. Lo categorial ha cedido terreno a lo que se da más allá de las representaciones o tal vez entre ellas. Al parecer asistimos a una clínica del límite y de la presentación. El Psicoanálisis parece construirse en un borde, en un limen, en eso que Deleuze llamaría Caosmos.

La ontología de este Caosmos sería generado por la hiancia que deviene de la represión, permitiendo la caída de las representaciones y la posibilidad del pensamiento divergente en la lógica paradójica. Al pensar la diferencia y la novedad en cada repetición, emerge lo singular de cada acontecimiento, aquello propio que sustituye al sujeto. Esta nueva emergencia del sujeto es lo que Lacan denomina *sinthome*.

A partir de un juego de sentidos, y porque no de sinsentidos como los de Joyce y Carroll, se observa cómo la norma la hace cada uno. El “Nombre-del-Padre” y el Edipo ceden su lugar de dinámica exclusivamente generalizable, en la medida en que se construye esta nueva subjetividad. Tolerada y extensible sólo a lo individual (Miller, 2011).

Tal como lo hace el huevo Humpty Dumpty, el sentido lo define el Significante, amo que abre las ataduras del saber. La instancia de la ley no necesariamente es regulada por una función paterna. La represión surge como elemento constitutivo de la dinámica psíquica que articula el sentido a una forma de pensamiento, anclado en la polisemia del lenguaje.

Es este limen, el Caosmos, el que permite pensar divergentemente al sujeto, quien no sólo se moviliza por el deseo y por la palabra.

Asistimos a la Clínica del *Sinthome* formulada por Lacan. Un sujeto de goce, paradójico, que vence las ataduras de la representación. Todo por el fracaso de la represión.

Referencias Bibliográficas

Carroll, L. (2006). *Alicia en el país de las maravillas y Alicia al otro lado del espejo*. Ed. Valdemar, Madrid, p. 307.

Deleuze, G. (2002). [1968]. *Diferencia y repetición*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires.

Deleuze, G. (2005). [1969]. “Lógica del sentido”. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Deleuze, G. (1989). “El pliegue”. Paidós. Buenos Aires.

Foucault, M. (1972). “Theatrum Philosophicum”. Anagrama. Barcelona.

Freud, S. (2002). “Obras completas”. Editorial Amorrortu. Buenos Aires.

(1894). “Las neuropsicosis de defensa. Vol. III”.

(1895). “Estudios sobre la histeria. Vol. II”.

(1896). “Etiología de la histeria. Vol. III”.

(1914). “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Vol. XIV”.

(1915a). “Pulsión y destinos de pulsión. Vol. XIV”.

(1915b). “La represión. Vol. XIV”.

(1915c). “Lo inconsciente. Vol. XIV”.

(1916). “El sentido de los síntomas. Vol. XVI”.

(1920). “Más allá del principio del placer. Vol. XVIII”.

(1923). “El yo y el ello. Vol. XIX”.

(1924). “El sepultamiento del complejo de Edipo. Vol. XIX”.

(1925). “La negación. Vol. XIX”.

(1937). “Análisis terminable e interminable. Vol. XXIII”.

Gerber, D. (1999). En “La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan”. Volumen a cargo de Néstor Braunstein. Siglo XXI Editores. México D.F.

Green, A. (1995). “El trabajo de lo negativo”. Editorial Amorrortu. Buenos Aires.

Holzappel, C. (2005). “A la búsqueda del sentido”. Ed. Sudamericana. Santiago de Chile.

Lacan, J. (1997). “Seminario 20 (‘Aún’). Paidós. Buenos Aires.

Lacan, J. (2000). “Seminario 23 (‘Sinthome’). Paidós. Buenos Aires.

Lacan, J. (2002). “Escritos 1”. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

“El estadio del espejo como formador de la función del Yo [*je*], tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”.

“El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”.

“Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”.

“Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud”.

“La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”.

Le Guen, C. (1993). “La represión”. Editorial Amorrortu. Buenos Aires.

Miller, J-A. (2011). “Sutilezas analíticas: los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller”. Ed. Paidós. Buenos Aires.

Parada, R. (2001). “Patopsicología y Psicopatología en la clínica psiquiátrica”. Editorial Mediterráneo. Santiago de Chile.

Ricoeur, P. (1965). “Freud: una interpretación de la cultura”. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

Artículo recibido: 1 de abril de 2013. Aceptado el 3 de junio de 2013.